

Rabí, Maestro, pastor, padre

Así habla el Señor contra los profetas que extravían a mi pueblo: Cuando sus dientes tienen algo que morder, ellos gritan: "¡Paz!". Pero al que no les llena la boca, le declaran la guerra santa. Por eso, ustedes tendrán noches sin visiones, y tinieblas en vez de presagios. El sol se ocultará para los profetas y el día se les oscurecerá. Los videntes quedarán avergonzados y los adivinos serán confundidos. Todos se cubrirán la barba, porque no habrá respuesta de Dios. Yo, en cambio, gracias al espíritu del Señor, estoy lleno de fuerza, de justicia y de coraje, para denunciar su rebeldía a Jacob y su pecado a Israel.

¡Escuchen esto, jefes de la casa de Jacob y magistrados del pueblo de Israel, ustedes, que abominan la justicia y tergiversan el derecho, que edifican con sangre a Sión y a Jerusalén con injusticia! Sus jueces juzgan por regalos, sus sacerdotes instruyen por un sueldo, sus profetas adivinan por dinero, y todavía se apoyan en el Señor, diciendo: "¿No está el Señor en medio de nosotros? ¡No nos puede pasar nada malo!". Por eso, a causa de ustedes, Sión será un campo arado, Jerusalén, un montón de ruinas, y la montaña del Templo, una altura boscosa (Miq. 3, 5-12).

*Júzgame, Señor,
y defiende mi causa
contra la gente sin piedad;
líbrame del ser humano falso y perverso.
Si tú eres mi Dios y mi fortaleza,
¿por qué me rechazas?
¿Por qué tendré que estar triste,
oprimido por mi enemigo?
Envíame tu luz y tu verdad:
que ellas me encaminen
y me guíen a tu santa Montaña,
hasta el lugar donde habitas.
Y llegaré al altar de Dios,
el Dios que es la alegría de mi vida;
y te daré gracias con la cítara,
Señor, Dios mío.
¿Por qué te deprimes, alma mía?
¿Por qué te inquietas?
Espera en Dios, y yo volveré a darle gracias,
a él, que es mi salvador y mi Dios (Sal. 43).*

Recuerden, hermanos y hermanas, nuestro trabajo y nuestra fatiga cuando les predicamos la Buena Noticia de Dios, trabajábamos día y noche para no serles una carga. Nuestra conducta con ustedes, los creyentes, fue siempre santa, justa e irreprochable: ustedes son testigos, y Dios también. Y como recordarán, los hemos exhortado y animado a cada uno personalmente, como un padre a sus hijos, instándoles a que lleven una vida digna del Dios que los llamó a su Reino y a su gloria.

Nosotros, por nuestra parte, no cesamos de dar gracias a Dios, porque cuando recibieron la Palabra que les predicamos, ustedes la aceptaron no como palabra humana, sino como lo que es realmente, como Palabra de Dios, que actúa en ustedes, los que creen (1 Tes. 2, 9-13).

En aquel tiempo Jesús dijo a la multitud y a sus discípulos: "Los escribas y fariseos ocupan la cátedra de Moisés; ustedes hagan y cumplan todo lo que ellos les digan, pero no se guíen por sus obras, porque no hacen lo que dicen. Atan pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los demás, mientras que ellos no quieren moverlas ni siquiera con el dedo. Todo lo hacen para que los vean: agrandan las filacterias y alargan los flecos de sus mantos; les gusta ocupar los primeros puestos en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, ser saludados en las plazas y oírse llamar 'mi maestro' por la gente. En cuanto a ustedes, no se hagan llamar 'maestro', porque no tienen más que un Maestro y todos ustedes son hermanos y hermanas. A nadie en el mundo llamen 'padre', porque no tienen sino uno, el Padre celestial. No se dejen llamar tampoco 'doctores', porque sólo tienen un Doctor, que es el Mesías. Que el más grande de entre ustedes se haga servidor de los otros, porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado" (Mt. 23, 1-12).

El contexto del pasaje del Evangelio según San Mateo muestra que Jesús está criticando el uso de títulos de honor. Describe a fariseos y escribas como ansiosos de honores. Desean sentarse en sitios de privilegio en la sinagoga y ser llamados maestros, rabíes. Literalmente rabí podría traducirse como “mi grande”, “mi mayor”, “mi muy importante”, un título de honor que llegó a convertirse en la manera de dirigirse a los maestros de fe judíos. Como decirle a alguien pastor, maestro, padre.

Los que siguen a Jesús no han de correr tras los títulos, no han de estar ansiosos por ellos. El mayor, el rabí, el maestro, no es quien acumula honores sino quien se humilla en el servicio a los demás siguiendo el ejemplo del mismo Jesús. *Pero Jesús los llamó y les dijo: “Ustedes saben que los jefes de las naciones dominan sobre ellas y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero que se haga su esclavo: como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud (Mt. 20, 25-28).*

La cuestión de los títulos no es resuelta por completo en estos pasajes. Los que tienen a su cargo funciones de liderazgo y servicio dentro de la Iglesia siempre serán identificados por alguna clase de título. San Pablo al comienzo de la mayoría de sus cartas se denomina a sí mismo: apóstol, muchas veces cuando hablamos de él decimos simplemente: el Apóstol. El mismo Jesús dice: *Por eso, yo voy a enviarles profetas, sabios y escribas (Mt. 23, 34)*, títulos que aparentemente utilizó la primer Iglesia si vemos las cartas en el Nuevo Testamento.

Por consiguiente, tiene sentido que usemos palabras de honor para designar a los dirigentes espirituales de la Iglesia, pero no importa el título que usemos, lo que debe quedar claro es lo que hacemos en tanto servidores de Dios en vista de la salvación de las personas, somos servidores de nuestros prójimos compartiendo el Evangelio y enseñando la fe en Cristo. San Pablo dice a los cristianos de Tesalónica: *Les rogamos, hermanos, que sean considerados con los que trabajan entre ustedes, es decir, con aquellos que los presiden en nombre del señor y los aconsejan. Estímenlos profundamente, y ámenlos a causa de sus desvelos (1 Tes. 5, 12-13).* Y dirá que merecen hasta doble honor: *Los presbíteros que ejercen su cargo debidamente merecen un doble reconocimiento, sobre todo, los que dedican todo su esfuerzo a la predicación y a la enseñanza (1 Tim. 5, 17).*

Entonces, ¿cuál es el sentido de las palabras de Jesús en el Evangelio de Mateo? Quizás la clave para su comprensión la encontramos en la Primera Carta a Timoteo.

En primer término, que el que preside en la fe *no sea afecto a la bebida ni pendenciero, sino indulgente, enemigo de las querellas y desinteresado (1 Tim, 3,3).* En cambio si obran bien

merecen doble reconocimiento, en el sentido literal doble salario, aunque es muy peligroso usar de la fe para enriquecerse, *sí es verdad que la piedad reporta grandes ganancias, pero solamente si va unida al desinterés (1 Tim. 6,6)*. Ganar, enriquecerse, no puede ser el motivo que conduce a los que sirven al Señor, pues *la avaricia es la raíz de todos los males, y al dejarse llevar por ellas, algunos perdieron la fe y se ocasionaron innumerables sufrimientos (1 Tim. 6,10)*.

Lo mismo puede decirse con respecto a los títulos y honores dentro de la comunidad cristiana. Los que sirven al Señor y al pueblo de Dios han de hacerlo no con el fin de ganar honra y gloria para sí mismos. Sin embargo corresponde que sean respetados y se les muestre agradecimiento y aún honra. Aunque siempre debe tenerse en cuenta que puede ser tan peligroso para la fe el buscar el honor como propósito fundamental de la vida como el deseo de acumular bienes.

Así, quienes ocupan puestos de responsabilidad y liderazgo en la Iglesia han de escuchar con el corazón la advertencia de Jesús en cuanto a los títulos y los honores. Y, hasta quienes no ocupan lugares de conducción, también las palabras de Jesús les advierten sobre el peligro de buscar honra antes que servicio.

Además, las palabras de Jesús nos advierten a ser cuidadosos en cuanto a la clase de honra con que investimos a nuestros dirigentes y maestros en la fe, pues podemos llevarlos a la tentación y a la pérdida de la fe sujeta a Cristo Jesús. No debemos convertir en ídolos a quienes nos sirven en nombre del Señor, eso no es bueno para ellos. No debemos halagarlos con palabras huecas, pues caerán en la ilusión de su realidad y se alejarán de Cristo, sino agradecerles de corazón por su tarea y buena disposición.

Hemos de respetar y amar a nuestros maestros y líderes en el camino de la fe en Cristo Jesús; pero, por amor a ellos y al Señor, hemos de cuidar de no tentarlos al orgullo vano en el servicio.